



AUTORES A. S. XX

El diario de Alice James

Por Marietta Gargatagli

Ha llegado hasta nosotros un libro extraordinario. Las páginas autobiográficas de la hermana de Henry y Williams James. Nacida en 1848, creció en una familia riquísima y genial; vivió en Londres (donde murió en 1892), en Ginebra, París, Nueva York, Newport (Rhode Island), Boston; padeció los inhumanos tratamientos que existían antes de Sigmund Freud para tratar la histeria (corrientes eléctricas, ducha escocesa, drogas); se enamoró de una mujer; enfermó de cáncer dos años después de comenzar este diario que abarca pocos años: de 1889 a 1892. La edición española, que retoma el texto fijado por el crítico Leon Edel en 1964 después de las largas vicisitudes del original, fue traducido por Eva Rodríguez-Halfpeter, que redactó también un prólogo y diversas notas que se añaden a las redactadas por Katherine Loring (la amiga de Alice) y por Leon Edel. Este aparato secundario, que a veces resulta imprescindible y otras excesivo (¿es necesario aclarar qué se festeja el 4 de julio o qué significado preciso tiene la voz *yanqui*?), parece destinado a justificar la importancia de la obra. A un lector común esto puede resultarle irrelevante: la exquisita prosa de Alicia James anticipa las modulaciones, los matices, el virtuosismo de Virginia Woolf, y tales méritos (gracias a la mediación acertadísima de Eva Rodríguez-Halfpeter) son más que suficientes.

Se transcribe una curiosa observación sobre la traducción que aparece en estas páginas memorables:

En un artículo sobre la adaptación de una de las obras de Shakespeare, él (Jules Lemaître) dice que las modificaciones la mejoran mucho, porque «*le vrai Shakespeare, en effet, c'est celui que nous pouvons aimer, l'autre ne compte pas; l'autre c'est William, si vous voulez, un accident, un rien*». Mi querido amigo, es lo contrario, tu obra amorfa decididamente no es Shakespeare, sino el vástago de tu misterioso y amorfo William; me encantaría saber qué significa exactamente para tu espíritu y el de los tuyos el sonido de William. No es posible que un anglosajón pueda jamás tomar en serio la Biblia o Shakes[peare] en francés. Pero hay que estarle agradecido por insistir tanto en lo tedioso del humor del gran hombre, que en su mayor parte es incomprensible y cuando no lo es, no es divertido. Para nosotros quizás sea ¡William!